

Felipe MacGregor: Vida y legado de un maestro

JORGE CAPELLA RIERA
ELSA TUEROS WAY *

Al cumplirse un año del triunfo definitivo del padre Felipe MacGregor, la revista *Educación* del Departamento Académico de Educación desea rendir un homenaje a quien entregó incansablemente su vida para hacer de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) la comunidad universitaria que formara profesionales de excelencia, con un marcado compromiso en la construcción de un Perú más humano y más cristiano, y asimismo la comunidad generadora de ciencia y tecnología que llegara con sus maestros y discípulos a las culturas más alejadas de nuestro país por la seria y rigurosa responsabilidad social que le compete.

El día 3 de octubre de 2004 falleció Felipe MacGregor, sacerdote jesuita, hombre de letras, notable maestro, rector emérito de la PUCP y sobre todo amigo entrañable, hombre fuerte y sensible.

Felipe, como gustaba que le llamáramos, se ha ido a la casa del Padre pero nos deja unas huellas que

seguir, un mensaje al que tendremos que volver una y otra vez. A nuestro entender, su legado máspreciado es el de su vida vivida, entendida y abrazada como vocación de servicio a la Iglesia y a la educación. En las páginas que siguen vamos a intentar rendirle un homenaje, haciendo de él una breve reseña histórica y recordando sus ideas fundamentales acerca de la educación para la paz.

1. BREVE RESEÑA HISTÓRICA

1.1. Su infancia y vida religiosa

El R. P. Felipe Estanislao MacGregor Rolino, S. J., nació en el Callao el 20 de septiembre de 1914. Fue alumno de los colegios San José de los hermanos maristas, San Vicente de Paul, y San José de Arequipa de los padres jesuitas.

Ingresó a la Compañía de Jesús e hizo su noviciado en Córdoba,

* Profesores principales del Departamento Académico de Educación de la PUCP.

Argentina. En esa época usó como primer nombre el de Estanislao, por identificación con el joven santo polaco, patrón de los novicios. Por un tiempo ejerce la docencia en el colegio de los jesuitas en Bolivia.

El 23 de diciembre de 1944 fue ordenado sacerdote en Buenos Aires, ciudad donde se formó en Filosofía y Teología.

En 1948, concluidos sus estudios eclesiásticos, se desempeñó como docente en el Colegio de la Inmaculada, del que más tarde fue dos veces rector.

Posteriormente se trasladó a la Universidad de Fordham, Nueva York, EE.UU., donde hizo un máster en Filosofía y luego trabajó su doctorado en el año 1952.

En 1958 fue elegido Provincial de la Compañía de Jesús en el Perú.

Falleció el 3 de octubre de 2004.

1.2. Su vida universitaria

En la década de los 50 inició su labor docente en el Departamento de Humanidades de la PUCP. En 1963 fue elegido su rector, cargo que ejerció hasta el año 1977, para pasar a convertirse desde entonces en rector emérito.

Terminada su labor rectoral fue nombrado miembro del Consejo de la Universidad de las Naciones Unidas, cuya sede central se encuentra en Japón, y durante varios años

alternó esta responsabilidad con sus tareas de sacerdote y de rector del Colegio de la Inmaculada.

Miembro del Seminario de Planificación de la Educación Superior en América Latina (UNESCO) en París en 1963.

Vicepresidente y presidente de la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL) de 1972 a 1976.

Vicepresidente del Consejo de la Universidad de las Naciones Unidas por tres períodos y miembro del mismo consejo durante otros tres períodos.

En 1980 el P. Felipe constituyó la Asociación Peruana de Estudios para la Paz (APEP) de la que fue presidente hasta su fallecimiento.

En 1990 el Consorcio de Universidades creó el Instituto de la Paz y confió la presidencia al P. Felipe, que ejerció también hasta su muerte.

1.3. Testimonios

Es reconfortante recoger los testimonios de personas que han tenido el privilegio de disfrutar de cerca su presencia y su tarea académica y administrativa.

El 20 de septiembre, hace unos días, cumplió noventa años. Noventa años de soñar con un mundo nuevo, con un Perú al que amó hasta las lágrimas y con una humanidad más justa, más pacífica que le dolía y de la que se

lamentaba por el sinfín de conflictos que actualmente nos tienen en pie de guerra. Vivió intensamente. Fue un trabajador nato. Un lector incansable. Un soñador sin fronteras. (Rodríguez Arana 2004)

Todavía hace poco me comentaba que era un jesuita muy feliz y que si volviera a nacer volvería a abrazar la misma vocación que ha vivido durante setenta y tres años. (Rodríguez Arana 2004)

Ha sido un jesuita ejemplar durante toda su vida. Abierto a los cambios que se fueron dando en el mundo, dialogando con hombres y mujeres de distintas culturas y credos y de diferentes ámbitos de la vida. Ha sido un peruano universal. Peruano porque así se sentía y así lo manifestaba con orgullo. Peruano y latinoamericano convencido. Y universal porque su mirada, sus sueños y deseos volaban mirando el mundo, pensando y tratando de empujar iniciativas para desarrollar una sociedad distinta, una aldea global humanizada y atravesada por la cristificación de la que con Teilhard de Chardin sentía que era a lo que el cosmos se dirige, a formar ese cuerpo místico en el que Cristo lo sea todo en todos de un modo misterioso, pero que de alguna manera se dará [...]. (Rodríguez Arana 2004)

Mientras las fuerzas se lo permitieron, el padre MacGregor dictó clase entre nosotros, investigó, organizó investigaciones, las publicó en libros y desarrolló otras múltiples actividades. Además, fue parte de quienes se enfrentaron

cara a cara contra el ejercicio arbitrario del poder en el Perú. (Guzmán-Barrón 2004)

Desde mis años de estudiante, he sido testigo y beneficiario de su inteligencia, de su generosidad y de su exigente rectitud, de su temple como maestro. (Lerner 2004)

Todavía recuerdo aquella ocasión en que, intimidado por las responsabilidades que acarreaba un encargo que me confió hace muchos años, apenas concluidos mis estudios doctorales, acudí a él para expresarle mis aprensiones. El padre MacGregor acogió mi confesión con simpatía, pero sin indulgencia, y me propuso como ejemplo la decisión de los hombres de mar que, sorprendidos por una tormenta, se aferran firmemente al mástil en lugar de abandonarse al abatimiento o la zozobra. Todavía hoy, puesto ante dilemas mayores que los de entonces, acudo a esa enseñanza e, incluso, al pensar en las peripecias de nuestra patria, me pregunto si aquella lección de rigor ético y de reafirmación de los valores en que siempre nos hemos apoyado no será en verdad el punto de partida que como nación necesitamos.

Esto último me motiva a destacar el papel que en las más variadas ocasiones cumplió el padre MacGregor como acicate de la conciencia pública. Un papel que, recordemos, desempeñó con entereza y audacia en aquellos oscuros años en los que la nación sufrió las más cruentas agresiones de la violencia terrorista y que expresó en numerosos documentos que publicó

como resultado de sus reflexiones. En aquellos tiempos, nos enseñó que la paz no consistía únicamente en el cese de la matanza y del fuego, sino que era primordialmente un bien que poseía contenido propio, en el que se integraban armoniosamente el funcionamiento de las instituciones sociales y los fines que persiguen las personas para alcanzar su felicidad. Nos enseñó que no había paz allí donde campeaban la injusticia y la inequidad. Así, superado en gran medida el problema del terrorismo, sus reflexiones sobre lo que él sintetizó en la expresión «cultura de paz» hoy deben llamarnos la atención sobre aquellos obstáculos que enervan la armonía social a la que todos los peruanos tenemos derecho, como son los compromisos turbios, las intenciones opacas, la ausencia del respeto a la ley, la deliberada sordera ante el reclamo ciudadano y, por supuesto, la complicidad de quien, hallándose en el deber de cautelar la limpieza de la vida institucional, avala por acción u omisión las iniquidades que la corrompen. (Lerner 2004)

«Vestirá por coraza la justicia y se pondrá por yelmo el sincero juicio». Así describe el Libro de la Sabiduría al hombre justo. Según esas medidas, MacGregor fue un hombre justo, como lo sabemos bien todos los que nos hemos beneficiado de su magisterio. Hoy, al necesario homenaje que la Universidad Católica le rinde, me permito sobreponer mi experiencia personal porque confío en que, al hacerlo, estoy expresando sentimientos compartidos por todos aquellos que bien le

conocieron: la admiración viva de quien fue alumno y discípulo, la gratitud de quien se halló orientado por él para encontrar su camino más propio, el cariño que siente, orgulloso, el que gozó del inestimable don de su amistad. (Lerner 2004)

[...] cuando me invitó a formar parte del Consejo Universitario, tuve ocasión de conocerlo mejor y apreciar de cerca las cualidades que le permitieron destacar en la dirección de nuestra universidad y, en general, en la educación superior internacional. (Sarabia Swett 2004)

[...] el padre McGregor, con su dedicación al trabajo, claridad y firmeza en sus decisiones y el mantenimiento de la disciplina —indispensable para el buen funcionamiento— consiguió vencer los malos momentos y llevar a la PUCP a una posición de reconocimiento nacional e internacional. (Sarabia Swett 2004)

Mi gratitud hacia él nace de que fue mi jefe, mi maestro y mi amigo; casi como un padre. Supo inculcarme disciplina y amor al trabajo, y que si uno tiene que hacer cosas, pues debe hacerlas bien y no porque sean una orden o una responsabilidad. Asimismo, siempre admiré su capacidad de trabajo: podía trabajar horas sin acordarse de tomar ni un café siquiera. Al principio yo le tenía bastante respeto porque aparentemente era muy serio, muy distante; pero no, en realidad, el padre MacGregor tenía esa especie de cubierta externa, pero realmente era muy bueno. (Basso Philippon 2004)

Debo mencionar la gran enseñanza de vida que aprendí del padre: la importancia de trabajar con cariño, de tratar de hacer nuestro trabajo lo mejor que uno pueda, porque no solamente vale el reconocimiento, que otras personas nos digan qué bien lo hemos hecho, sino también el sentimiento de la propia satisfacción; finalmente, realizar bien una labor también sirve para el provecho de los otros y no es un mérito individual, sino también una valiosa contribución para que los demás también puedan hacer mejor las cosas. (Basso Philippon 2004)

4. Confidencias

Recoger las confidencias nos lleva adentrarnos en la hondura de su ser y de su espíritu. Entramos en ellas con la reverencia de quien pisa tierra sagrada.

Sacerdote jesuita, criado en el Callao, siempre se reconoció como «sacerdote y chalaco», así, con esas palabras. Prematuramente huérfano, fue criado por unas tías que lo condujeron por la infancia y la temprana juventud. El padre contaba que tenía, a mucho orgullo, el carácter marinero de sus ancestros escoceses y que, si no se le hubiera cruzado en el camino el llamado de Dios al sacerdocio, habría querido ser marino. (Rodríguez Arana 2004)

Yo tenía la enorme ilusión de ser marino. Era un poco por familia. Había nacido en el Callao. Mi padre trabajaba en la Compañía Inglesa de Vapores. Teníamos como antecesores marinos

que habían servido en la armada inglesa. Tenía mucha, mucha vocación de marino [...] como repito, al terminar el tercer año de secundaria yo quería ser marino. Pero había que pasar un examen médico. Una tía que a la muerte de mi madre se había encargado de cuidarme, sabía que yo era muy travieso, me había roto un brazo tres veces y tenía una cicatriz en la cara. El golpe, yo no lo sabía, había dañado la córnea. (MacGregor 2003)

2. LEGADO ACADÉMICO Y CULTURAL

En su obra *Reflexión sobre el Perú* Felipe MacGregor, luego de recoger las propuestas de diferentes actores sociales peruanos en torno a la paz, democracia, gobernabilidad e integración, realiza una interpretación de carácter nacional. El ensayo consta de tres partes. La primera contiene algunas premisas necesarias para entender el presente, cuyo manejo es la única forma de construir el futuro. La segunda se ocupa del tiempo actual y la tercera se refiere a la Iglesia Católica. Se trata de un libro que sintetiza su legado de carácter académico y cultural, en el que se pueden encontrar los puntos centrales de la producción intelectual del autor durante dos décadas de análisis de diversos temas de la realidad peruana.

No podemos ocuparnos de cada uno de esos temas, sino que abordaremos

la notable labor realizada por el P. Felipe al frente de la PUCP y luego veremos el tema central de su vida y de su obra: la cultura de paz.

2.1. El P. Felipe: maestro y rector de la PUCP

El nombre de Felipe MacGregor está estrechamente unido a la historia de la PUCP, cuya comunidad académica reconoce en él a uno de sus más preclaros forjadores.

Como catedrático sin par en los temas de lógica y moral, como ejemplar rector y como investigador de los temas de cultura de paz, ha dejado enseñanzas y huellas profundas a lo largo de varias generaciones.

2.1.1. Maestro

En sus clases infundía a los estudiantes los fundamentos que construyen la rectitud del pensamiento y la justicia en el actuar. Aunque no tenía cara amable ni menos amistosa, muchas veces, durante las vacaciones —cuando almorzaba en la cafetería central— gozaba sentándose a conversar con los alumnos, estableciendo con ellos un diálogo sencillo y cordial que era, en realidad, su manera de ser. Los estudiantes lo miraban llenos de perplejidad cuando se enteraban o él mismo les decía de quién se trataba.

Hay que resaltar que a pesar de su alto cargo era muy accesible, pues

siempre recibía a los estudiantes en su despacho y ponía de manifiesto su disposición al diálogo pero, sobre todo, para escuchar.

Lerner (2004) sostiene que la palabra «maestro» tolera muy variadas acepciones.

Me gusta pensar que un maestro es aquel que, en lugar de darnos las soluciones a cada uno de los problemas particulares, siembra en nosotros un temple intelectual y espiritual que no nos abandona y al que podemos acudir a lo largo de los años, cada vez que necesitamos inspiración para encontrar nuestro camino ante las incesantes encrucijadas que nos ofrece la vida. Y, para mí, el padre Felipe MacGregor fue uno de esos personajes excepcionales.

Tener presente hoy y en el futuro a nuestro padre Felipe, oír su mensaje y recordar su conducta, reviste un particular interés en días turbulentos en que nuestra vida cívica se ve sacudida por tormentosas desavenencias que amenazan hacer zozobrar la confianza en el futuro inmediato de nuestra democracia. Esas desavenencias, y el proceso por el cual aspiramos a resolverlas, recorren obviamente el terreno de la política. Pero, como todos sabemos, la política es el reino de los medios y como tal carece de sentido si no está arraigada en fundamentos morales. El momento reclama, pues, las lecciones de un maestro de moral y, por ello, tengo la convicción de que el mensaje del padre MacGregor no puede ser sino fructífero, pues él nos permitirá aclarar en nuestra imaginación

cómo delinear esos espacios de regeneración y reencuentro que la ofuscación de la contienda política oculta a veces a nuestra mirada.

En la despedida fúnebre de Felipe MacGregor, Marcial Rubio Correa (2004) dijo:

La Pontificia Universidad Católica del Perú brinda hoy un merecido homenaje a este querido maestro de generaciones enteras, hombre de fe entregado al trabajo y al sacerdocio. Su recuerdo pervivirá entre nosotros y nos acompañará de una manera quizá más pura y silenciosa: en nuestra memoria y el corazón. *Et lux in tenebris lucet*, Felipe.

2.1.2. Rector

En su recordada gestión rectoral, la PUCP tomó un impulso renovador que la llevó a afianzarse como institución académica y a acentuar su papel de voz indispensable en el acontecer nacional.

MacGregor llegó al rectorado en momentos en que se advertía el inicio de una época complicada en todo el mundo: los sucesos ocurridos en Europa en mayo de 1968 y los problemas universitarios surgidos en EE.UU. en 1970 se reflejaron, como no podía haber sido distinto, en el Perú y, por ende, en nuestra universidad.

En cuanto a infraestructura física, elaboró el plan maestro del campus contando con el asesoramiento

de la firma especializada Caudili, Rowlett & Scott.

Cuando dejó el rectorado, en 1977, la universidad se había desarrollado cualitativa y cuantitativamente y estaba preparada para dar el gran salto que la llevó de ser una comunidad de casi cuatro mil alumnos, a su actual dimensión de más de diecisiete mil. Esto hace ver que, como rector, el P. MacGregor no solo fue un visionario de la universidad de hoy, sino también director de una eficiente administración.

2.2. La educación para la paz y la seguridad cultural en el pensamiento del P. Felipe

Su vida y obra estuvieron orientadas a trabajar por la paz. Fruto de las reflexiones de todos estos años fue su compromiso con la irenología, nombre de la ciencia de la paz.

Cumplido con creces su deber de maestro y conductor, quiso prolongar su compromiso atendiendo los problemas más acuciantes del Perú, y así dedicó su contagioso vigor a pensar y hacer pensar sobre la cultura de paz, esepreciado anhelo que nos falta realizar.

Como hemos señalado formó la Asociación Peruana de Estudios e Investigación para la Paz (APEP) y luego el Instituto para la Paz. Todo el país reconoce que él fue uno de sus más importantes promotores.

Su legado se hace ahora más presente y su mensaje más vivo.

El 9 de abril de 1986 el entonces ministro de Educación Gróver Pango Vildoso crea la Comisión Nacional Permanente de Educación para la Paz por Resolución Ministerial N.º 15-86-ED, presidida por el P. MacGregor. Fue en el seno de esa comisión —como lo recordara el P. Carlos Rodríguez Arana, S.J., provincial de la Compañía de Jesús en el Perú (2004)— donde se acuña el concepto de cultura de paz y se plasma en una publicación de la que se editaron 40 mil ejemplares y que ha servido de inspiración al movimiento mundial promovido por la UNESCO y adoptado por las Naciones Unidas.

En marzo de 1996, al conmemorarse el Día Internacional de la Tolerancia, el director general de la UNESCO (cuyo aniversario se celebraría el 16 de noviembre de ese año), en ceremonia realizada en Lima, concedió al P. Felipe la Medalla Gandhi de la UNESCO como reconocimiento a su aporte intelectual para la concepción y contenido del concepto de la paz. Más que esta distinción es su ejemplo el que nos sirve para reafirmar nuestro compromiso en la construcción de una sociedad más noble y justa, que acepte el derecho de las personas a ser diferentes y que promueva una existencia pacífica y

segura entre todos los miembros de nuestra comunidad.

Ahora bien, luego de estas referencias, para dar a conocer el pensamiento del P. Felipe respecto a la educación para la paz y a la seguridad cultural apelamos al capítulo «Educación para la paz» del libro *Educación, futuro, cultura de paz* (1989), en el que colaboraron también Raúl González Moreyra y Jorge Capella, que fuera publicado por el CISE-PUCP (Serie Temas Educativos) y que contara con el apoyo económico del CONCYTEC.

2.2.1. Educación para la paz

La cultura de paz alude al fomento de valores, actitudes, comportamientos y estilos de vida que refuerzan la no violencia y condenan todo tipo de conflicto, considerando como sus *desiderata*: el respeto de los derechos y las libertades fundamentales de la persona.

Como lo puntualizara muy bien Guzmán-Barrón (2004), la tesis predominante en la conciencia común de la gente era que la paz consistía en la ausencia de guerra; un concepto pasivo, una ausencia, una definición por la vía negativa. Frente a ella el P. MacGregor insistió permanentemente en que la paz era una situación en la que el ser humano estaba libre de violencias, de manera que quedaba en condiciones adecuadas para desarrollarse en

todos los sentidos de la palabra. Para lograr la paz había que borrar de la tierra no solo la guerra, sino también todas las otras violencias que disminuyen la capacidad de realización personal: desde la violencia delictiva directa hasta formas sutiles de violencia estructural como la discriminación racial y la propia pobreza. Puede verse que construir la paz no era, de esta manera, una tarea sencilla.

Según el P. Felipe (1989), «toda reflexión sobre la educación para la paz debe empezar reconociendo los esfuerzos y la dedicación de millones de hombres y mujeres que han hecho del estudio y la enseñanza de la paz la noble ocupación de su vida, trabajan por la paz y son llamados hijos de Dios».

Veamos dos de los aspectos fundamentales del trabajo en que nos estamos basando para este apartado: las dimensiones de la cultura y la educación para la paz, y cómo la educación debe construir la seguridad cultural de las personas.

a. Las dimensiones de la cultura y la educación para la paz

La cultura, precisa MacGregor (1989), es uno de los medios a disposición de los pueblos para ayudarlos a vivir en paz. Esta afirmación inspira la Res. 33173 1.4; III. 2. de la Asamblea General de las Naciones Unidas

y muchos de los documentos de dicha asamblea; y nos fuerza a revisar y analizar la noción de cultura subyacente a ellos, pues trae a esta noción, enriqueciéndola, grandes tesoros de la sabiduría de la humanidad, olvidados en el tráfico de hacer y producir, a que la cultura se ha visto reducida o está en peligro de reducirse.

Es además conveniente señalar que, históricamente, la cultura ha servido a los pueblos más cultos para dominar y guerrear. El sobrio preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas recuerda en su primer párrafo cómo «dos veces durante nuestra vida ha infligido (la guerra) a la Humanidad sufrimientos indecibles» (Carta-Preámbulo) y quienes infligieron esos indecibles sufrimientos fueron justamente los pueblos considerados más cultos. Asistamos, invita el P. Felipe —aunque sea brevemente— al proceso de transformación de la cultura de fuerza de dominación a lazo de unión entre los hombres.

La cultura, entendida como la representación interior del mundo que cada hombre tiene, lo dirige en su relación con el mundo exterior y afirma su inteligencia, su voluntad, su sensibilidad para respetar el mundo, para contemplarlo e imitarlo, para usarlo y para transformarlo.

Contemplar, imitar, respetar el mundo conforman la dimensión

contemplativa de la cultura. Usar y transformar el mundo conforman su dimensión activa, también llamada fáctica porque el hacer, elemento indispensable de toda cultura, se mide por las obras útiles al hombre que las produce. Ambas dimensiones, contemplativa y fáctica, son iguales en rango, valor y dignidad: son acciones del hombre, fuente y medida de su valor.

Durante mucho tiempo —continúa el P. Felipe—, por variadas razones, la dimensión fáctica de la cultura ha predominado: a ella se le atribuye todo el avance de la ciencia y de la técnica modernas, frutos del incansable esfuerzo de arrancar a la naturaleza sus secretos y establecer con ella nuevas relaciones. La razón, especulativa o práctica, la industriosisidad, la laboriosidad resplandecen en esa dimensión: su instrumento principal es la idea. Con su esfuerzo el hombre ha extendido las fronteras del universo, ha construido imperios de poder o de dinero, mejorando, en términos muy desiguales, sus condiciones de vida.

En la dimensión fáctica se asientan, se entienden y hasta pueden justificarse la violencia, la dominación, la guerra. En ella solo encuentra sentido la paz como algo negociable, diverso «del valor supremo de la humanidad, que aprecian en el más alto grado todos los principales

movimientos sociales, políticos y religiosos», como se expresa en la Res. 33/73 (50 considerando). En esta dimensión —concluye— encontramos las cosas y el orden de ellas, tanto las que dependen de nosotros, de nuestro esfuerzo, de nuestra capacidad o de la de quienes nos precedieron y las que no podemos cambiar, la vida, la muerte, la luz, las tinieblas, el gozo, la desdicha.

En la dimensión contemplativa hallamos —sostiene el P. Felipe— a los hombres, a Dios, a la naturaleza. Labrada con respeto, admiración, imitación, amor, esta dimensión adora, admira y se comunica a través de símbolos, porque en la historia de los hombres antes que el pensamiento discursivo fue el pensamiento intuitivo; antes de juzgar, el hombre sintió, vio, fabuló; antes que los conceptos, existieron señales, las que leídas por el hombre, este descubrió su sentido, las vinculó a su historia y fueron para él símbolos.

Un símbolo es, por cierto, la única expresión posible de una esencia invisible, es como la pantalla transparente por la que se filtra una llama espiritual. Respetar es reconocer lo debido a cada uno, hombres, Dios o naturaleza, y la dignidad que les es propia.

En la naturaleza vemos cómo el fuego sagrado de la vida misma,

manifestándose en sus formas más primeras, nos brinda su apoyo y exige nuestra obediencia en el uso de sus dones, evitando el abuso. Quien ha dejado destruirse, por la droga o el alcohol, la alquimia secreta de su organismo, nunca respetó su cuerpo, abusó de él. Como nuestro cuerpo, el aire, la tierra, los ríos tienen sus leyes que deben ser respetadas.

Los hombres también deben ser respetados. Ese respeto significa conocer y reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de los derechos de hombres y mujeres. Porque «deben ser respetadas las naciones grandes o pequeñas» (Carta de las Naciones Unidas, Preámbulo) debe respetarse la cultura de cada una y evitar el imperialismo cultural.

La admiración sigue al respeto y es esencial a la contemplación, consiste en reconocer lo bien hecho, gozar de su belleza, dejarse poseer por ella. Amar es compartir el bien poseído y buscar para el amado lo bueno, lo que significa, lo que lo lleva a su más alto nivel de vida, dentro de un más alto concepto de libertad (Carta, Preámbulo). Adorar es reconocer la superioridad, el poder, la grandeza, el amor de Dios; sentirse de un modo, oscuro y claro, ligado, unido a Él y a las «obras de sus manos», para usar el lenguaje

simbólico más significativo y eficaz en la comunicación de Dios.

La religión, ligada orgánicamente en la cultura, es constitutiva de esta, es un vínculo, creador de cultura, entre el hombre y Dios. Es importante considerar el rol de las religiones, grupos sociales caracterizados por sus diversas visiones del mundo y la integridad moral que predicán, como agentes de paz. Pero más importante es insistir en la intimidad religiosa de cada persona, pues allí es donde se construye verdaderamente la paz.

La Constitución de la UNESCO dice textualmente:

Una paz basada exclusivamente en arreglos políticos y económicos de los gobiernos no sería una paz capaz de asegurar la adhesión unánime, permanente y sincera de todos los pueblos del mundo: por consiguiente, la paz buscada debe de asegurar su continuidad, debe fundarse en la solidaridad moral e intelectual de la humanidad.

Todo el saber propio de la dimensión fáctica de la cultura debe ponerse al servicio de la paz: los análisis económicos, legales, políticos, histórico-sociales; los cálculos estadísticos, las experiencias y proyecciones científicas. Pero no debe olvidarse que la solidaridad moral e intelectual de la humanidad es el dominio de la dimensión contemplativa de la cultura.

¿Cómo hacer real esta transformación interior para establecer la verdadera paz en los corazones? Tres caminos que cada uno de nosotros debe recorrer, que toda la humanidad debe recorrer, son los de la educación, el diálogo y la solidaridad.

No hay edad para dejar de aprender. La educación es de toda la vida. Con ella procuramos conocer la verdad, embarcamos en la difícil tarea de ser justos y compartir el bien poseído. Fruto, preciado y precioso, de la educación es la libertad surgida del conocimiento de lo que es bueno y de la voluntad de lograrlo.

El diálogo es una forma de educación diversa por la solidaridad en la búsqueda. Dialogar significa «con otro», explorar, cambiar ideas, pensar y pensar las razones y las adhesiones que nos ligan a una convicción. Dista inmensamente de la comunicación de órdenes o del monólogo que repite las propias ideas sin tener en cuenta las de otros.

La solidaridad, por fin, es el reconocimiento de la sociedad en que vivimos, a la que debemos muchos de los beneficios de que gozamos y de cuyas carencias o miserias somos o debemos ser conscientes. La sociedad no es solo nuestra familia, ni la agrupación de familias, nuestra es la gran familia de todos los hombres con la que nos

sentimos o debemos sentirnos solidarios.

Si algo han de significar la paz y la solidaridad moral e intelectual de toda la humanidad es que ninguno de nosotros puede desertar del dolor, la miseria, el hambre o el gozo, la realización, la salud de los demás hombres.

b. La cultura de paz inserta en las disciplinas académicas

Reflexionemos ahora con MacGregor (1981) acerca de cómo cada una de las disciplinas que se trabajan en la universidad puede contribuir al desarrollo, en el contexto de una cultura de paz.

Comencemos con la Economía. El desarrollo no es exclusivamente un asunto de economía pero no hay desarrollo sin una sólida base económica; el recargo de instituciones ancestrales que perpetúan el estancamiento económico es muchas veces uno de los problemas básicos de los países. Por otra parte, no cabe duda de que un firme progreso económico resuelve muchas de las causas de tensión social.

Esta tiene naturalmente un campo referido por su misma definición a la Sociología: leyes de la dinámica social, del cambio social, la formación y conciencia de grupo y las aplicaciones de estas leyes a asuntos como la demografía, la aculturación, etc.

En muchos países la primacía del Derecho es aún mantenida no solo como mero atavismo cultural, sino como expresión de auténticos valores culturales y morales. Es innegable que el Derecho debe expandir el campo de su acción a ese complemento y enriquecimiento de la persona que es su dimensión social, acrecida e iluminada por las múltiples luces de los estudios contemporáneos.

La Literatura, la Historia, como las Humanidades en general, tienen también un papel inmenso en este esfuerzo de esclarecer, aliviar y preparar las soluciones que la universidad puede aportar a las tensiones sociales.

Pero si la universidad tiene sentido, si sus reflexiones encuentran un campo diverso de la mera dialéctica intelectual y distinto también de la mera constatación de hechos sin encontrarles causa o sentido es porque creemos en la misión y el poder de la Educación, la Filosofía y la Teología.

Nos resta la referencia a la «totalidad» de los problemas de la cultura o de la vida del hombre.

¿Cómo salvar esta totalidad?, ¿cómo asegurar esa integridad? Las disciplinas que tienen esa misión se llaman Teología y Filosofía. Hay que reiterar consistentemente su misión pero hay también que hacerla cumplir.

Cada cultura tiene un centro creador; desde ese centro brota la acción auténtica del hombre sobre el hombre, y estar en ese centro, trabajar desde él, conlleva responsabilidades inmensas.

El eco insistente del pasado que resuena en el pensar filosófico o teológico puede ser una de las causas de su alejamiento del centro de influencia, pero es también cierto que la distancia de la universidad de ese mismo centro es porque no ha dado, en su sede, relieve e importancia a la Filosofía y a la Teología.

La paz es la aspiración profunda de los hombres de hoy, la paz será obra de la influencia cultural y humana de quienes piensan; si la universidad no está cerca de ellos, no los tiene en su seno, no ayuda, como es su misión, a buscar de nuevo y empezar otra vez a buscar la paz.

No encontramos mejor forma de culminar este apartado que citando a la «Gaudium et Spes»:

Nada aprovecha trabajar en la construcción de la paz mientras los sentimientos de hostilidad, de menosprecio, de desconfianza, los odios raciales y las ideologías obstinadas, dividen a los hombres, los enfrentan entre sí. Es de suma urgencia proceder a una renovación en la educación de la mentalidad y a una nueva orientación de la opinión pública.

Los que se entregan a la tarea de la educación deben formar las mentes

de todos en nuevos sentimientos pacíficos. Tenemos todos que cambiar nuestros corazones, con los ojos puestos en el orbe entero y en aquellos trabajos que todos juntos podemos llevar a cabo para que nuestra generación mejore.

2.2.2. La educación debe construir la seguridad cultural de las personas

El P. Felipe (1989) nos hace ver cómo «seguridad», de modo similar a paz, tiene acepciones múltiples; una de ellas es *protección*, esperada de poderes superiores o poseída por la propia fuerza. Otra es *alianza*, concepto en el que seguridad y paz beben de un mismo manantial; alianza significa unir fuerzas entre iguales o dependientes para acrecentar la seguridad. Una tercera acepción tiene que ver con la *confianza en sí mismo o en otros*, bien o mal fundamentada, de estar al abrigo de todo peligro.

En nuestro pensar, en nuestro hablar, asociamos seguridad a fuerza o poder y la contraponemos a fragilidad o debilidad. Seguridad y fragilidad se individualizan por calificativos tales como corporal, espiritual, cultural, moral, social, económica, político, nacional, etc.

Tanto las personas —dice el P. Felipe— como las comunidades sociales defienden y buscan acrecentar su seguridad. El tejido social

que une a los individuos es parte de su seguridad, la indispensable pertenencia a una comunidad es amparo como también motor de su dinamismo.

La educación para la paz debe tener muy en cuenta este tipo de seguridad y los educadores debemos conocer cuáles son sus alcances, tal como el P. Felipe los plantea y sintetizamos a continuación.

La seguridad de la persona depende de su fortaleza individual y de la posibilidad y probabilidad, en su espacio social, del ejercicio de sus derechos como hombre y miembro de la comunidad. La seguridad de la comunidad social depende de las personas que la integran y de las relaciones interdependientes con otras comunidades, dentro o fuera del territorio nacional.

Entre las diversas comunidades sociales ha tenido especial importancia la nación, comunidad de comunidades, representada por un Estado. La seguridad de un Estado reposa en su capacidad de afirmar y mantener, a través del tiempo y del espacio, su identidad fundamental. Desde esta perspectiva la seguridad del Estado es la de sus elementos constitutivos: la inviolabilidad de los derechos humanos de sus ciudadanos, la estabilidad de su gobierno, la integridad de su territorio.

Entre la seguridad de la comunidad y la de la persona hay una tensión dialéctica aumentada cuando se espesa y fortalece tanto el tejido social como la vida personal. Esta tensión es particularmente delicada en el caso de los elementos constitutivos del Estado.

Las afirmaciones precedentes son puntos de partida, sendas o indicadores para explorar, por ejemplo, la seguridad o fragilidad cultural, jurídica, económica, política, militar.

La fragilidad cultural de personas y de comunidades sociales procede de la falta de integración de los tres sistemas cognoscitivo-valorativos que las envuelven: el ancestralmente recibido, el de la educación formal y el resultante del comercio cultural.

La seguridad cultural de una comunidad social depende de su creatividad e iniciativa para construir sobre lo ancestral la educación formal y reducir, en función de ambas, el margen de ganancia del comercio cultural y asegurar la protección jurídica.

La fragilidad jurídica guarda relación estrecha con lo cultural. En Occidente el fundamento de los sistemas jurídicos es la persona y sus derechos. Cuando una cultura no ha reconocido a la persona y sus derechos, su entorno natural, y no

tiene en cuenta las posibilidades reales del ejercicio de los mismos, construye su sistema jurídico sobre abstracciones. La protección por la autoridad, constitutiva de todo sistema jurídico, resulta entonces formal, no real.

La seguridad jurídica no consiste solamente en declaraciones constitucionales, legales, administrativas, etc., ni siquiera en la recta administración de justicia; está más ligada, depende más, de la seguridad cultural en la que se asientan las posibilidades del ciudadano de exigir justicia.

Deseamos concluir con dos párrafos de las palabras que pronunciara Marcial Rubio Correa (2004) al final de los funerales del P. Felipe MacGregor:

Hemos venido a agradecerle todos aquellos años de su rectorado en el que gobernó con calidad y energía; a agradecerle que hubiera decidido pasar sus últimos años con nosotros, en el campus de la universidad, ejercitando esta vez esa otra autoridad que proviene exclusivamente del inmenso cariño y respeto que le profesamos. (Rubio Correa 2004)

Queremos pedirle que esté en paz, pero que no descanse; que siga trabajando a nuestro lado para mantener ese agotador esfuerzo de construir la paz de la que usted habló y por la que trabajó. Y queremos pedirle que interceda para que sigamos cumpliendo

con los tres amores que usted siempre dijo que correspondían a una institución como nuestra universidad: el amor a Dios y a la fe, el amor a la verdad y el amor al Perú. (Rubio Correa 2004)

BIBLIOGRAFÍA

BASSO PHILIPPON, A. «Dispuesto al diálogo pero, sobre todo, a escuchar». *Informe*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Imagen Institucional. Lima, lunes 11 de octubre de 2004.

COMISIÓN NACIONAL PERMANENTE DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ. *Cultura de Paz*. Lima: Ministerio de Educación y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1989.

GUZMÁN-BARRÓN SOBREVILLA, L. «Una vida íntegra, larga, fructífera, enérgica y ejemplar». *Informe*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Imagen Institucional. Lima, lunes 11 de octubre de 2004.

LERNER FEBRES, S. «Padre Felipe MacGregor: maestro y sacerdote». *Informe*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Imagen Institucional. Lima, lunes 11 de octubre de 2004.

MACGREGOR, F. «La paz que la universidad debe ayudar a encontrar». Ponencia ante la Conferencia de las Universidades en busca de la Paz. Lima: UNESCO, 1981.

– «Educación para la paz». En *Educación, futuro, cultura de paz* de F. MacGregor, R. González y Jorge Capella. Serie Temas Educativos. Lima: CISE-PUCP y CONCYTEC, 1989.

– «Reflexión sobre el Perú». Lima: Fondo Editorial PUCP, 2002.

RODRÍGUEZ ARANA, C., S. J. «P. Felipe Estanislao MacGregor Rolino, S. J.». *Noticias Jesuitas*. Lima: Compañía de Jesús. Provincia del Perú, 2004.

RUBIO CORREA, M. «Muchas gracias, padre MacGregor». *Informe*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Imagen Institucional. Lima, lunes 11 de octubre de 2004.

SARABIA SWETT, H. «Llevó a la PUCP al reconocimiento nacional e internacional». *Informe*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Imagen Institucional. Lima, lunes 11 de octubre de 2004.